

DIS CURSO PRONUNCIADO POR EL DR. JAIME A. VIÑAS ROMAN, RECTOR DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, EN EL ACTO DE INVESTIDURA DEL 21 DE ABRIL DE 1983.

Señoras y Señores:

En una fecha como la de hoy, hace diecisiete años que nació la UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, como una idea que en aquella época fue tildada por escépticos como quijotesca, habiendo suscitado además en algunos sectores el pronóstico de que desaparecería aún antes de que se impartiese la primera docencia.

A pesar de todo ello, y gracias al esfuerzo de todos los que de una u otra manera integran la infraestructura humana de esta Alta Casa de Estudios, hoy celebramos la concreta y magnífica realidad en que aquel ideal se ha transformado. De aquéllos que participamos en el arduo proceso que la creó, todavía quedamos un buen número del todo comprometidos en el mucho más trabajoso proceso de hacerla crecer, junto con toda una pléyade de valiosos hombres y mujeres que se han ido integrando al esfuerzo inicial para llevar la UNPHU a lo que hoy representa dentro de la educación superior nacional.

No me refiero únicamente al crecimiento físico, aunque éste es parte del desarrollo de toda institución. Es solamente cuando una Universidad se compromete, en una escala ascendente de respuestas eficaces y reales a las necesidades de su mediosocial, cuando empieza a crecer en su forma más válida. Mucho se habla en nuestros días acerca de la encrucijada en que se

encuentran las Universidades, en particular las de América Latina. La crisis es innegable, como siempre sucede cuando el entorno cultural se halla sometido a procesos de acelerada transformación, y ya se sabe que toda crisis es por sí misma una hora con más de una alternativa abierta como potencial tanto de vida como de muerte. Si decimos que la Universidad dominicana está en crisis, por tanto, significamos que hay que hacer alguna elección entre caminos, porque el anterior habrá sido ya superado por una realidad circundante que ha dejado de ser la que era.

La Universidad, como institución de educación superior, existe precisamente para ofrecer respuestas a los interrogantes que esa realidad plantea. En consecuencia, no puede existir aislada de su contexto social y separada de las transformaciones que a su alrededor ocurren y de los problemas que ellas mismas provocan. De ahí que el dinamismo deba ser característica básica de una institución universitaria digna de ese nombre.

No es que haya habido, o pueda haber, épocas de situación absolutamente estática en los pueblos, ya que la vida humana es por sí misma dinámica y, cuando los hombres y mujeres la comparten socialmente, están siempre introduciendo elementos de cambio, por imperceptibles que sean. No obstante esto, sí puede decirse que hay momentos históricos en que los cambios toman un ritmo acelerado y, en algunos casos, comparable a incontenible torrente. Por poco que se conozca de nuestra realidad dominicana, me parece que todos estamos de acuerdo en que nos encontramos en una de esas épocas.

De acuerdo con esto, hay que admitir que entre nosotros la tarea de las universidades es de singular e impostergable urgencia. O respondemos en forma válida y eficaz a los dilemas que nos plantean los profundos cambios culturales suscitados en nuestra sociedad actualmente, o debemos aceptar nuestra desaparición como instituciones de altos estudios. En la UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA nos estamos interrogando a nosotros mismos, a fin de identificar las líneas más adecuadas a seguir para la consecución de esa meta, que es la única que puede ya justificar nuestra

permanencia en medio de un pueblo dolorosamente urgido por necesidades complejas y crecientes.

Ante la magnitud de tal tarea, nos volvemos hacia la memoria del signo bajo el cual pusimos nuestra Universidad cuando hace diecisiete años la hicimos nacer, o sea, la personalidad de Don Pedro Henríquez Ureña. Al arribar a nuestro décimo séptimo aniversario de fundación, y ante el panorama de profunda crisis cultural que conmueve el mundo, y en particular nuestra realidad dominicana, queremos buscar inspiración en el Humanista egregio que llevó el hombre de nuestra tierra más allá de nuestras fronteras y al morir no desapareció del todo, pues ha dejado tras sí la presencia de discípulos suyos que hoy honran las letras y las ciencias de Hispanoamérica y se glorían de ser un producto de aquél a quien todavía llaman, en tributo de admiración, gratitud y cariño, "el Maestro."

Si una vez nosotros escogimos su nombre para identificar a nuestra Universidad, tal homenaje sería vacío e inútil si no pudiéramos igualmente afirmar que los valores personales del gran filósofo y humanista dominicano que nos da su nombre inspiran también nuestra acción. De ahí que la UNIVERSIDAD NACIONAL PEDRO HENRIQUEZ UREÑA, al comenzar a identificar las prioridades en ese camino de búsqueda de respuestas que nos urge, hayamos decidido volvernos, antes que nada, al aspecto de los valores y principios. En el terreno de la crisis, son precisamente éstos los que hoy se encuentran en trance de cuestionamiento. Que atravesamos por una "crisis de valores" es algo que escuchamos repetirse una y otra vez en nuestro medio. Por tanto, si de buscar soluciones a nuestra crisis total se trata, nosotros queremos comenzar por aquí al tratar de ofrecer rutas de salida para la crisis, convencidos de que estaremos trabajando en los fundamentos mismos de la situación.

Sin lugar a dudas, nuestro mundo contemporáneo debe buscar gran parte de las raíces de sus problemas en el advenimiento y vigencia de una filosofía materialista y consumista mediante la cual se sustenta el valor del ser humano,

no en lo que es, piensa o siente, sino en lo que posee y que por lo mismo le otorga dominio sobre los demás y sobre su medio ambiente. Esta posición y conceptualización del universo, por lo que podemos observar, lleva a la persona al hastío vivencial, a la confrontación social, a la alienación íntima, así como al cinismo institucionalizado.

Si miramos a nuestro país, donde es frecuente que las personas pregonen unos valores y en la práctica vivan conforme a otros, donde la corrupción administrativa a todos los niveles se ha hecho endémica, donde los signos de opulencia se han convertido para muchos en parámetros de éxito, y donde se corre desenfrenadamente hacia la asimilación de modelos extraños de toda índole, no cabe duda que vivimos frente a la misma transmutación de valores que ha llevado al mundo a la crisis, sin precedentes en la historia, que hoy compartimos de una manera o de otra.

Constituye una tarea harto difícil, dentro de este contexto, luchar por el rescate y la preservación de los más altos valores humanos, por la afirmación de todo aquello que tienda al fortalecimiento de las raíces culturales nuestras con potencial para conducirnos con éxito a través de esta encrucijada y, en resumen, por la conservación de los valores que definen nuestra identidad cultural y nacional.

Tal parecería, conforme a esto, que marchamos hacia el deterioro total y caos colectivo. Sin embargo, si adoptamos una razonable óptica histórica, veríamos que no todo es negro en nuestro firmamento contemporáneo. La existencia, en pleno Siglo XX, de hombres y mujeres de elevada talla espiritual y valor humanista como Gandhi, Albert Schweitzer, Martin Luther King, Albert Bruce Sabin, la Madre Teresa de Calcuta, el Papa Juan Pablo II y tantos otros, constituye una demostración fehaciente de que los altos valores humanos no han desaparecido de nuestro planeta. No sólo no es así, sino que precisamente cuando la crisis azota más dolorosamente, suele ocurrir, a lo largo de toda la historia de la Humanidad, que las personas firmemente enraizadas en los principios salvadores toman pie de ella para florecer en liderazgo de liberación.

También en nuestro país tenemos hombres y mujeres que permanecen profundamente fundamentados en esa base inmovible de los valores humanos más elevados. Son aquéllos que han realizado una callada labor de bien patrio, cuyas vidas han sido dedicadas al servicio de la comunidad y del prójimo, en cotidiana actitud de desprendimiento, nobleza de carácter y valor moral. El desacierto que hemos cometido, indudablemente, es el de no exaltar suficientemente a esas figuras, el de no convertirlos en paradigmas dignos de emulación por parte de las nuevas generaciones, el de permitir que sus vidas permanezcan en el tono gris que ellos, seguros en la fortaleza de sus principios, quisieron darle.

Precisamente como consecuencia de esto, los que hemos dedicado nuestras vidas al establecimiento y desarrollo de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y de los valores que ella representa, contemplamos la función esencial de nuestra institución, no sólo como un instrumento del desarrollo nacional, sino como crisol y bastión de los más altos valores humanos, y como guía hacia la conservación de una filosofía de vida más humanista, más noble, más conducente al predominio del espíritu sobre la materia.

En este orden de ideas, quiero recordar las palabras del insigne educador y humanista Eugenio María de Hostos, al destacar que ... "Si la sociedad, concibámosla como la concibamos, es de todos modos un compuesto de individuos.... y si la corrupción del individuo empieza por la ignorancia de la realidad, sigue por el fanatismo de cualquier orden de creencias y acaba por el olvido sistemático de la propia conciencia y del deber que la mejora, es lógico inducir que allí donde empieza el individuo social, que es en la Escuela, empieza la tarea de moralizarlo socialmente, como empieza en el hogar, su primer centro, la tarea de moralizarlo individualmente."

Como resultado de esta inquietud, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña contempla, por una parte, fortalecer y apoyar todas las ramas de las letras y las humanidades, enriqueciendo así nuestra presencia nacional en los campos de las ciencias, las tecnologías y las profesiones con aquellas ramas

del saber humano que tiendan a humanizarlas, convirtiéndolas en instrumentos efectivos de desarrollo integral y no solamente material.

Por el otro lado, entendemos como un deber nuestro insoslayable apreciar, destacar y premiar con altos honores a aquellos dominicanos cuyas vidas constituyen ejemplo de civilidad, honestidad, dedicación, sacrificio y entrega en favor de la patria y de la humanidad. Esperamos que nuestras aportaciones en estos aspectos constituyan modelos dignos de emulación por todas nuestras instituciones de educación superior, con el objetivo de dirigir la acción de las mismas hacia metas cada vez más "humanizantes" y, ¿por qué no? , erradicar algún día el criterio de "lucro" de la función universitaria en nuestro país.

Esto tiene que ser así, porque creemos que el crecimiento de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña debemos buscarlo ante todo en los principios y valores que norman el proceso educacional en nuestra Alta Casa de Estudios. Este proceso es precisamente la interacción integral que capacita al profesional, no sólo mediante meros conocimientos y destrezas en áreas tecnológicas determinadas, sino permitiéndole actuar dentro del contexto social dominicano como promotor de la necesaria integración de todos nuestros sectores al esfuerzo común del desarrollo.

Es por esto por lo que mantenemos como nuestro fundamento básico el de la excelencia académica. A esto no podemos renunciar, vengan los cambios que vengan. La absoluta seriedad en la tarea docente, así como en el aprendizaje, junto con la transmisión de los principios, valores y normas que dieron origen a la UNPHU, dirigido todo a la formación de profesionales de elevada calidad humana en todos los niveles, es nuestra meta principal. Es en este aspecto en el que queremos buscar y encontrar el crecimiento más real y efectivo de la UNPHU, lo cual va mucho más allá de sus casi diez mil estudiantes que asisten hoy a sus aulas, y también mucho más allá que la escueta

cifra de sus siete mil egresados, que hoy día ponen en alto el nombre de nuestra Universidad que se honra con el de Don Pedro Henríquez Ureña.

Es cierto que también hemos crecido físicamente, y esto es visible a la vista de todos. De nuestro primer recinto en el edificio del viejo Hospital Geriátrico de Santo Domingo, complementado por otras edificaciones en el mismo campus, hubimos de extendernos al Recinto II de la capital, donde hoy estamos reunidos para celebrar este aniversario, y donde nuevas aulas, escuelas, auditorio y la gran Biblioteca actualmente en construcción testifican acerca del crecimiento de nuestra población estudiantil así como de nuestros programas académicos.

Es también cierto que hemos ido más allá de la capital, en esa trayectoria de desarrollo físico, haciendo válido nuestro nombre mismo de Universidad "Nacional" al asumir la responsabilidad educativa de alto nivel en nuestros recintos de San Juan de la Maguana y La Vega y más recientemente en Santiago de los Caballeros. Es igualmente cierto que un reciente convenio con la Asociación para el Desarrollo del Seybo nos ha abierto además la región Este del país, donde ya estamos proyectando actividades específicas de investigación y desarrollo.

Sin embargo, si únicamente pudiésemos presentar hoy el cuadro de nuestro crecimiento en Recintos y Extensiones, así como en número de estudiantes, mal podría yo hablar aquí hoy de que la UNPHU ha crecido en el más profundo sentido de la palabra. Este derecho solamente nos lo da el apoyo a un programa de acción educativa que se inspire en la situación nacional real y local en todo momento, así como en una filosofía básica altamente humanizadora y capaz de constituirse en eficiente liderazgo liberador en nuestra hora de crisis.

Por esta razón, los que creamos la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña y los que compartimos la tarea de su crecimiento, queremos ante todo mantener una actitud de vigilancia a fin de participar activa y positivamente en el contexto que nos rodea mediante acciones y opiniones

orientadoras. En situaciones conflictivas, nuestro apego irrestricto a los principios y normas éticas, que pautan la convivencia humana, así como a los principios legales, aún situándonos en posiciones difíciles, ha sido invariable y coherente con nuestra filosofía como institución de educación superior. Estamos convencidos de que, en las situaciones problemáticas, la renuncia a nuestros principios en favor de una aceptación temporal del público o de otros beneficios de cualquiera índole, únicamente precipitaría toda una cadena nuevas de renunciaciones, que nos quitarían automáticamente el derecho a considerarnos una Universidad para nuestro pueblo.

Casos conflictivos no han faltado, y sabemos que también nos enfrentaremos a ellos en el futuro. Pero lo que esperamos no faltará nunca es la voluntad de los hombres y mujeres de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña de apoyar en todo momento los principios éticos y las leyes. Moviéndonos en el campo de los principios, pienso espontáneamente en otro interés fundamental de la UNPHU que también se refiere a principios de otra índole pero de igual trascendencia. Me refiero a nuestra adhesión enfática y urgente a la tarea de proteger nuestro medio ambiente y recursos naturales.

En este aspecto, quiero reiterar que la UNPHU está dispuesta a consagrar todas las fuerzas humanas y materiales de que pueda disponer. Los bosques, los suelos, las aguas y la atmósfera han sido prioridades fundamentales a nivel mundial desde hace tiempo, pero recientemente han adquirido una urgencia dramática. Los modernos procesos de urbanización y adaptación tecnológica, en nuestro país como en todo el mundo, han llegado a constituirse en una invasión de inmenso poder destructivo y en una seria amenaza para las áreas verdes de las cuales depende la humanidad entera para simplemente respirar y mantenerse viva. Arrastrados eufóricamente por la corriente desbordada del desarrollo económico e infraestructural, casi de repente nos hemos percatado de que estamos arrasando nuestros bosques y dañando nuestros suelos, atmósfera y aguas mediante una contaminación que puede conducir a su pérdida como recursos invaluable para la vida

orientadoras. En situaciones conflictivas, nuestro apego irrestricto a los principios y normas éticas, que pautan la convivencia humana, así como a los principios legales, aún situándonos en posiciones difíciles, ha sido invariable y coherente con nuestra filosofía como institución de educación superior. Estamos convencidos de que, en las situaciones problemáticas, la renuncia a nuestros principios en favor de una aceptación temporal del público o de otros beneficios de cualquiera índole, únicamente precipitaría toda una cadena nuevas de renunciaciones, que nos quitarían automáticamente el derecho a considerarnos una Universidad para nuestro pueblo.

Casos conflictivos no han faltado, y sabemos que también nos enfrentaremos a ellos en el futuro. Pero lo que esperamos no faltará nunca es la voluntad de los hombres y mujeres de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña de apoyar en todo momento los principios éticos y las leyes. Moviéndonos en el campo de los principios, pienso espontáneamente en otro interés fundamental de la UNPHU que también se refiere a principios de otra índole pero de igual trascendencia. Me refiero a nuestra adhesión enfática y urgente a la tarea de proteger nuestro medio ambiente y recursos naturales.

En este aspecto, quiero reiterar que la UNPHU está dispuesta a consagrar todas las fuerzas humanas y materiales de que pueda disponer. Los bosques, los suelos, las aguas y la atmósfera han sido prioridades fundamentales a nivel mundial desde hace tiempo, pero recientemente han adquirido una urgencia dramática. Los modernos procesos de urbanización y adaptación tecnológica, en nuestro país como en todo el mundo, han llegado a constituirse en una invasión de inmenso poder destructivo y en una seria amenaza para las áreas verdes de las cuales depende la humanidad entera para simplemente respirar y mantenerse viva. Arrastrados eufóricamente por la corriente desbordada del desarrollo económico e infraestructural, casi de repente nos hemos percatado de que estamos arrasando nuestros bosques y dañando nuestros suelos, atmósfera y aguas mediante una contaminación que puede conducir a su pérdida como recursos invaluable para la vida

humana y animal. De ahí que la conservación de los recursos naturales ha pasado a ser preocupación mundial y, en algunos contextos sociales, objeto de intensa concientización entre los individuos del público general y común. La UNPHU se ha enlistado desde hace tiempo en ese "apostolado," y este término no lo empleo al azar, sino que lo considero adecuado a la importancia vital del problema.

En este sentido, hace tiempo proyectamos hacer un aporte de significación considerable, mediante la conversión de la Hacienda Nigua, concedida en propiedad por el Gobierno Dominicano a la UNPHU, en la primera Universidad Agraria del país, como anteriormente lo hemos expresado públicamente. Hacia ese fin hemos suscrito un importante convenio de colaboración con la Universidad de Texas A&M, la cual es una de las más prestigiosas de los Estados Unidos de Norteamérica en todos los aspectos de la educación agropecuaria. Mediante dicha colaboración, estamos a punto de embarcarnos en proyectos que se dirigen a trasladar nuestra Facultad de Agronomía, Medicina Veterinaria y Producción Animal, así como los Departamentos y Programas de Educación y de Economía Agrícola y Recursos Naturales a la Finca Nigua, con el propósito de ir gradualmente transformándola en un Recinto Agrario integral completo, donde la investigación, la docencia y la extensión en esas vitales áreas de nuestra economía nacional se conviertan en uno de los principales aportes de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña al desarrollo de República Dominicana, mediante la formación de profesionales de alto y medio nivel, y todos de excelente calidad; así como el entrenamiento de agricultores, ganaderos y campesinos en las técnicas agropecuarias modernas que permitan el mejor aprovechamiento de nuestros recursos de suelos, aguas, bosques y fauna.

Aparte de esto, la rápida evolución tecnológica y cultural que nos rodea está también requiriendo un esfuerzo incesante de actualización en todas las profesiones humanas, así como en la formación personal integral de los individuos. Nuestra Unidad de Educación Continuada es nuestro intento de respuesta a esa

urgente realidad, y mediante la misma las puertas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña permanecen abiertas para todos los que no se encuentran precisamente inscritos en sus Escuelas y programas académicos regulares, pero necesitan y desean ponerse al día con los contínuos avances en los más diversos aspectos del saber y del quehacer mundial y local.

Son, como he dicho, diversos géneros de respuestas a nuestros problemas, como diversificada y compleja es la encrucijada crítica en que nos encontramos todos. Sabemos que cada día iremos encontrando nuevas formas de hacer válida nuestra voluntad de servicio, y lo que creemos importante es que no las desaprovechemos.

SEÑORES GRADUANDOS:

Es fuerza de tradición que en discursos para actos como éste, la autoridad universitaria exprese a los graduandos el natural orgullo que embarga a su Alma Mater, por el triunfo que ambos comparten; y que les transmita sus cordiales deseos de que los esfuerzos realizados para llegar hasta este día, se vean coronados por un ejercicio profesional exitoso.

Es bien cierto que en nuestro mundo de hoy, las interacciones culturales van desdibujando ciertos rasgos de las culturas autóctonas, para configurar aspectos generalizados, que, en gran medida, llegan en buen hora para revitalizar comportamientos y actitudes adocenados; pero no es menos cierto que por ahí también se cuelan influencias malsanas que invaden el cuerpo social, como los virus penetran en el organismo humano. A esas influencias hay que atajarlas con la defensa a toda costa de los valores éticos tradicionales en que se afina la convivencia civilizada, y reforzando la conducta moral que nos impone nuestra tradición cristiana.

Se ha dicho que las naciones, como las grandes civilizaciones, no son conquistadas desde afuera, mientras no comienzan su propia destrucción desde adentro. La historia enseña que ese proceso de deterioro interno, siempre se inicia

cuando las generaciones a las que les toca actuar en sus respectivos ámbitos, permiten el relajamiento de los valores éticos y la conducta moral que configuran sus culturas, que fatalmente culmina en su corrupción y, por ende, en la entronización del vicio, la depravación y el libertinaje.

Son estas realidades, jóvenes graduandos, las que hemos tenido en cuenta las autoridades de la UNPHU al incluirla preservación de los valores universales y autóctonos, como una de entre las altas misiones de nuestra Casa de Estudios.

Y en ese orden de ideas, la UNPHU se propone, tal como expresé anteriormente, al par que continuar su política de reconocimiento a toda persona que se distinga por su labor magisterial, o en el campo de las ciencias o de las humanidades, extender esa distinción a los dominicanos que se hagan notables por sus virtudes morales y su conducta cívica. De esta manera esperamos convertirnos en intérpretes de ese sentimiento de admiración generalizado que en toda sociedad concitan los ciudadanos ejemplares.

La exhortación está hecha. Loados serán por la Patria los que presten oídos.